huyen desfavoridos, como aconteció con el ex-baron de Castro Daire, que apenas tuvo noticia de la marcha emprendida por nuestras tropas de Coimbra, abandonó á Lamego embarcándose para Oporto, seguido de unos 20 hombres de un llamado batallon que mandaba.

(G. de M.)

VARIETADES.

Un rebaño de orangutanes.

Un colono del Cabo de Buena-Esperanza vivia pacíficamente en una hacienda del término de Vander Greck con su mujer, jóven y hermosa escocesa, y un niño de 11 meses. Una noche invadió su huerto una tribu de orangutanes, penetrando hasta las inmediaciones de la casa: auxiliado de sus criados atacó á los monos y los ahuyentó, matándoles uno de sus hijuelos. Al dia siguiente uno de los orangutanes, que se habia quedado oculto en el huerto, se aprovechó de la ocasion de quedar solo el niño del colono Mitchell, y apoderándose de él lo tomó en brazos y marchó precipitadamente: acudieron al socorro del infante, é iban ya dándole alcance al robador; pero este se tiró á un rio, lo pasó á nado y se metió por un bosque, llevando siempre al niño en los brazos.

Tres meses despues de esta ocurrencia desapareció la mujer de Mr. Mitchell sin saber de su paradero, como habia sucedido con el hijo. Se creyó que habian robado esta señora para uno de los jefes del pais, que pocos meses antes habia pretendido comprarla; y en su consecuencia dispuso la autoridad que pasase Mr. Quensie con tres compañías del rejimiento núm. 72 á tomar venganza de este insulto; pero se detuvo la partida de las tropas de resultas de haber avisado un cafre haber visto una banda de orangutanes con una mujer, á la que habian pasado del otro lado del Queis: añadió este hombre, que como la pobre señora no hacia resistencia ni daba gritos, debia suponerse que estaba muerta.

Dos años se pasaron sin que Mr. Mitchell pudiese adquirir noticias algunas de su esposa ni de su hijo; mas á principios de 1825 se divulgó en la colonia el rumor de que, habiendo ido dos mujeres á cojer fruta hácia las montañas de Nourowelt, situadas en lo interior de aquellas tierras, vieron un orangutan que llevaba en su compañía un niño blanco. Con esta noticia fue despachado un destacamento de tropa, dándole órden de dirigirse hácia el paraje indicado por las mujeres, y llevando en su compañía á Mr. Mitchell. Despues de una semana de marcha llegó el destacamento á su destino; y los hombres que lo componian supieron de los naturales que se habia establecido en su territorio una colonia de orangutanes, y que segun las apariencias no tardarian en poseer todo el pais, porque el grande espíritu les habia enviado, de los paises situados de la otra parte del sol, una Reina que les enseñaba á hacer las mismas cosas que los hombres.

El destacamento se reforzó con una numerosa escolta de estos naturales, y pasó al paraje donde estaban los monos, consiguiendo cercar todo el rebaño. Los individuos de este acudieron á la voz de su jefe á tomar las armas: los varones, que eran los mas robustos, se reunieron en un círculo muy estrecho, como si fuese la formacion de un cuadro, y en el centro colocaron las hembras, los hijuelos y su Reina: todos ellos tenian un aspecto triste y macilento. Mr. Mitchell, que iba comandando las fuerzas militares y los paisanos, mandó que se detuviesen, y subiendo á lo alto de un peñon que dominaba el campamento, descubrió que efectivamente estaba su mujer entre los orangutanes; la llamó por su nombre, y ella le respondió.

Entonces arrojaron los orangutanes al suelo sus palos, y se apartaron para que pudiese acercarse Mr. Mitchell á su mujer: esta se adelantó llevando de una mano al niño Guillermo, y de la otra una niña como de edad de dos años: ambos niños estaban muy sanos y contentos; pero al acercarse Mr. Mitchell huyeron á refugiarse entre los orangutanes. Madama Mitchell dijo á su marido que antes de separarse de sus amigos los orangutanes queria darles gracias por las atenciones que la habian dispensado: en su consecuencia, despues de repartir entre ellos las provisiones de frutas, yerbas y raices que constituian su almacen de víveres, les hizo comprender por medio de una especie de discurso, compuesto de mil especies de jestos y contorsiones, que con mucho sentimiento se veia obligada á separarse de ellos.

Entonces comenzaron á dar grandes lamentos aquellos animales, casi todos se fueron acercando á Mma. Mitchell, y tomándole las manos, asi como á los niños, las ponian sobre su cabeza. En fin, partió la señora felizmente con sus hijos á su casa de campo de Vander Greck. Por espacio de tres dias siguió la mar-

cha del destacamento una tropa de orangutanes de los mas fuertes y robustos, viniendo diariamente algunos de ellos á buscar á Mma. Mitchell para cerciorarse de que no la hacian daño.

Luego que la señora se restituyó á su casa, dió cuenta circunstanciada de su cautiverio, resultando en sustancia lo siguiente: estos animales se hallan al parecer divididos por rebaños, gobernados por un jefe superior y por otros inferiores. Los que fueron á robar las frutas del huerto de Mr. Mitchell habian traído consigo el único heredero del trono, pues acostumbraban llevar en su compañía y por delante los miembros de su familia Real por temor de que sean sorprendidos si los dejan á la espalda.

Este vástago Real de los orangutanes fue el que mató Mr. Mitchell en el huerto: ignorando la Reina que habia sido muerto su hijo, y creyéndolo solamente extraviado, rogó á su esposo fuese á buscarlo; pero siendo infructuosas las indagaciones, tomó el partido de robar al niño de Mitchell y reemplazar con él su querido hijo. Lo condujo en los brazos con mucho cuidado, y se lo entregó á la Reina para que lo cuidase, y en efecto lo estuvo dando de mamar tres meses. Pasado este tiempo determinaron los orangutanes traerse la madre para que cuidase del niño, y esta resolucion la ejecutaron con mucha destreza: una partida de los mas fuertes penetró en la casa, y afianzando á la señora Mitchell la ataron, la pusieron en la boca una especie de pelota para impedir que gritase, y se la llevaron en brazos.

Si ha de creerse á Mr. Mitchell, es imposible, á no ser testigo de ello, formar una idea de la destreza, vigor, agilidad y movimiento de estos animales. Los que la robaron tuvieron con ella los mayores miramientos, tocando estos en delicadeza: le dieron de comer y beber frutas y agua abundantemente durante su viaje. Estuvo muy aflijida durante la travesía, hasta llegar al campo de los orangutanes y hallarse al lado de su hijo, que saltaba y hacia cabriolas como los hijuelos de aquellos. Fue considerada como una Reina y obedecida en todo menos en cuanto á salir del rebaño. Nada le negaban de cuanto pedia, excepto su libertad.

A los seis meses parió una niña, que fue la que se halló en su compañía. Mma. Mitchell no se cansa de elojiar la docilidad y buen natural de estos animales, la ternura que muestran á sus hembras y á sus hijuelos y su cuidado en procurarles subsistencias. Está íntimamente persuadida de que suspiran y rien como los hombres: se alimentan de frutas, raices y vegetales, pero no comen carne de ningun animal. Si tuviesen el don de la palabra, dice Mma. Mitchell, parecerian verdaderas criaturas humanas.

DETENEDOR DE CRAWFORD.—Las invenciones, para producir en los carros y coches de los ferro-carriles una friccion que disminuya su impulso, el tiempo mas corto, han sido numerosas: pero ninguna ha conseguido completamente el objeto de que la presion en cada par de ruedas sea igual, evitando asi el peligro de un roce repentino en un órden de ruedas solo. El plan que anunciamos estriba en el enlace de una série de detenedores (break) fijados en cada par de ruedas de tal manera que, el guarda en los carros de carga de un tren, y el maquinista en el locomotor, puedan, en cualquiera evento, servirse completamente de ellos.

El mecanismo consiste en una presion neumática, como primer motor, regulada por una série de ruedas dentadas, resortes y cadenas que pasan por todo el tren, tan bien dispuesta que no perjudica la marcha ordinaria de la máquina. Delante del primer carro hay un cilindro de un diámetro conveniente colocado horizontalmente, con su émbolo, astil y válvula en cada estremidad. El extremo del astil entra en una caja, donde el cilindro es privado de aire, en la parte superior é inferior del émbolo, y en connexion con una cadena que pasa por una polea, sobre cuyo eje existe una rueda manuable que puede ser manejada por el guarda: sobre el mismo eje hay una rueda dentada que agarra en un piñon, en un gran eje vertical que llega hasta el fondo del carruaje, donde otro piñon mueve una rueda dentada, fijada en el eje de la polea, por la cual pasa una cadena atada á los detenedores que oprimen las ruedas: cada carro tiene su polea y detenedor correspondientes; la cadena los atraviesa todos, y arriba de estos hay una rueda manuable, por medio de la cual es usada, y en caso necesario, la cadena tambien cruza á lo largo del tren hasta la máquina una cuerda para que el conductor aplique los detenedores si fuere menester.

El modo de obrar es el siguiente. Cuando el émbolo está en el fondo del cilindro permanece cerrada la valvula de alli y abierta la de arriba, el piston sube por la vuelta de la cigüeña, la que forma un vacío en la parte posterior de aquel, siendo al mismo